

La superficialidad del bajo mundo

El Pájaro Speed y su banda de corazones maleantes

RAFAEL CHAPARRO MADIEDO

Tropo Editores, Zaragoza, 2012, 229 págs.

EN 1992 Rafael Chaparro Madiedo ganó el premio nacional de Colcultura con la novela *Opio en las nubes*. Una figura desconocida, de pronto, surgía en el panorama de la literatura colombiana. Una novela marginal, atravesada de drogas, licor, sexo y ciudades desoladas, y un poco en la línea de *¡Que viva la música!* (1977) de Andrés Caicedo, acaparaba por un momento la atención de los lectores y la crítica. Esta última, sin embargo, fue demoledora con la novela. Una reseña de Mario Jursich revelaba al lector los supuestos aciertos que se convertían realmente en defectos de *Opio en las nubes*. La presencia de repeticiones o muletillas, el falso o engañoso o sospechosamente facilista método de hacerle creer al lector que la novela por basarse en la balada *rock* era vitalmente musical, la monotonía de su recurso enumerativo y la gratuidad de muchas de sus escenas bizarras, son algunos aspectos desglosados por Jursich. La conclusión del crítico *Malpensante* es que un jurado neorromántico y nostálgico de los elementos triviales de la contracultura de los años 1970 terminó seducido por *Opio en las nubes* y la premió. Sin embargo, pese a que obra y autor no lograron meterse en el mundo editorial comercial que vendría después, Chaparro Madiedo y *Opio en las nubes* terminarían siendo parte del patrimonio de lectura de los jóvenes adolescentes colombianos. Se ha dicho que durante un tiempo la primera edición de la novela circuló de fotocopia en fotocopia, como si fuera un adminículo votivo desolador, una melancólica biblia psicodélica, entre las manos de las nuevas tribus urbanas del país.

Luego murió Chaparro Madiedo en 1995, y su novela dejó de inquietar al establecimiento literario colombiano que, en la premiación de *Opio en las nubes*, tuvo que escucharle sus declaraciones irreverentes. “La literatura para mí –dijo Chaparro Madiedo, como

si estuviera descubriendo que el agua moja– [es] un botellazo de *whisky* en la cabeza, un corrientazo de energía en las pelotas, una cuchillada en la madrugada”. Con todo, empezó a correr un rumor: el malogrado escritor había dejado una novela que sería publicada pronto. Ese pronto tomó cerca de trece años y en 2012 la editorial española Tropo Editores decidió publicar *El Pájaro Speed y su banda de corazones maleantes*. Solo un rápido vistazo a su primer capítulo, “Una mierdita muy triste”, basta para concluir que esta novela es una especie de prolongación de los recursos literarios y de los contenidos que Chaparro Madiedo trabaja en su primera novela. Pero lo que pudo ser en apariencia interesante y fresco en 1992 con el gato Trip tomate, Sven, Gary Gilmour y Max, los narradores de *Opio en las nubes*; en 2013, las andanzas de Speed y sus amigos callejeros por Bogotá resultan faltas de todo brillo e interés. Mejor dicho, es como si todos los aspectos negativos que resaltaba Mario Jursich en *Opio en las nubes*, y que a muchos lectores pudo haberles parecido en su momento producto de una pedantería de crítico literario, aparecieran en su segunda novela con una evidencia rotunda.

El Pájaro Speed con sus once partes de variada extensión cuenta, a través de monólogos de sus personajes, las aventuras supuestamente vertiginosas de Speed, sus amigos y familiares: Adriana Mariposa, el Lince, Crazy Mamma, Perro Skin, Baby, Susy XX, Talla X y otros más. ¿Podrían leerse estos capítulos independientemente? Sin duda, porque poseen una cierta catadura de cuentos. Al hacerlo, la comprensión de la novela en su totalidad no se resentiría en absoluto. Las preocupaciones estructurales de Madiedo no son hondas y el producto, desde esta perspectiva, es que su segunda novela es simplísima, por no decir plana formalmente. Los monólogos, dicen los editores, son febriles de tal manera que la experiencia que tendrá el lector será una cuestión orgánica. Quizá este adjetivo obedezca a que uno de los recursos de los narradores de la novela es acudir con frecuencia a la mierda y a otras coyunturas desechables. No se necesita ser muy avisado para constatar que todos los personajes de *El Pájaro Speed* se mantienen no cagando pero

sí diciendo mierda a todo momento. En la misma dirección, su gran preocupación no es comer, sino tomar café negro, emborracharse con *brandy* y *whisky* e intoxicarse con gasolina y otras sustancias explosivas. Como están a todo momento trabados o borrachos, lo que ven está lleno de efectos sinécticos: la ciudad les huele a sangre y a gasolina, por ejemplo, o a días tediosos y a noches más o menos apocalípticas. Luego ocurre lo que tiene que ocurrir en el monótono mundo de Chaparro: que terminan armando el despelote, para después –y el escritor bogotano siempre sigue este esquema sin variaciones–, ponerse a amar con una ternura que desborda las páginas de una cursilería sentimental sin parangón en la literatura colombiana.

El uso de los diminutivos, para expresar este temblor apasionado de adolescentes drogados, funciona en estos pasajes de la novela como una muletilla fastidiosa: florecitas amarillas y maripositas de igual color y boquitas pintadas de rojo que surgen por todas partes y llenan la novela como de calcomanías baratas. El otro aspecto, y que sobresale con insistencia, es el de la repetición de palabras que, eso parece, sirven de pivote para que los monólogos perduren y no se acaben tan rápido. Se podría decir que esta, en general, es la propuesta estilística que Chaparro Madiedo ofrece desde *Opio en las nubes*. No obstante, el estilo en literatura siempre tendrá que pasar por un filtro en el que el autor debe someter su escritura. Sino entonces, por negligencia, o por indiferencia, o porque la muerte llega e interrumpe la labor, pasa lo que pasa en *El Pájaro Speed y su banda de corazones maleantes*: que la sensación que deja su lectura es la de una honda fatiga y una triste frustración.

En tal sucesión interminable de repeticiones de palabras como triste, *down*, *dodododadada*, *flip*, *flap*, gasolina, lluvia, *sky*, *shit*, etc., el lector entra en una órbita descorazonadora. Para muestra un botón tomado al azar, pues uno abre el libro en cualquier página y aparecen pasajes así: “La avenida Tolstoi. Las pastillitas. La noche muy tenaz. Las nubes rotas rotas rotas. El cielo roto. Los corazones rotos, rotos, rotos. Las Kis Rojas perdidas. Roticas. Caminábamos por la Tolstoi con la cabeza rota”. O este otro, de igual factura: “Triste. Triste.

NARRATIVA		RESEÑAS
Triste. Era un sábado demasiado triste. No sé por qué, pero los sábados por la mañana siempre son como tristes, como <i>down</i>. No hay nada qué hacer. No sé por qué razón en los sábados se te mete toda la tristeza de la semana en la mitad del pecho". Chaparro quiere transmitirnos la intensidad de estas existencias marginales y no lo logra. Por supuesto, no hay mejor experiencia en la lectura de la literatura psicológica o <i>underground</i>, y la de Chaparro Madiedo está más que amparada, abandonada en este rango, que sentir que una novela logra reflejar intensamente las emociones de lo grotesco y lo bajuno, de la extravagancia y la desolación. ¿Por qué <i>El Pájaro Speed</i> y <i>su banda de corazones maleantes</i> no logra este cometido? Por su facilismo esquemático, por su pobreza descriptiva de los estados alterados, por su enteca penetración psíquica al entrar en los recovecos de esas sensibilidades atrofiadas, por la monotonía de sus escenas urbanas. Los personajes de Chaparro Madiedo, y sus discursos poblados de repeticiones, no solo terminan hablando de la misma manera, sino que no dejan que se entre a los infiernos o a los paraísos de lo humano cuando este es sacudido por los límites de la contracultura urbana. Con Chaparro tocamos solamente niveles superficiales. Solo se accede al prosaísmo de lo anecdótico, a una violencia que generalmente es gratuita, a unas confesiones sentimentales que no son irreverentes sino bobaliconas. Reitero: <i>El Pájaro Speed</i> y su banda son una serie de personajes que creen que la ciudad huele a sangre y sus calles a gasolina y a electricidad. Personajes que cuando se enamoran solo ven florecitas y lluviecitas por todas partes y que, de pronto, se enloquecen y empiezan a matar o aporrear al que encuentran en sus trayectorias. Esto es, en resumen, lo que ocurre en esta novela. El modo en que están narradas revela uno de los momentos más pobres de la imaginación literaria del país. Los editores dicen que "nadie puede leer a Rafael Chaparro Madiedo y quedar impune". La exageración es candorosamente exagerada. Aunque es digna de tener en cuenta. Porque esta literatura solo puede entusiasmar a los desavisados lectores adolescentes de nuestras urbes alborotadas. Se sabe que ellos creen que Chaparro Madiedo	es el ídolo de los bajos mundos, "Made in Colombia", de sus travesías callejeras. Sin embargo, cuando se tiene el melancólico privilegio de llegar a la adultez, obras así solo producen un curioso hartazgo. Como dicen: decaen desde el principio. Pablo Montoya	